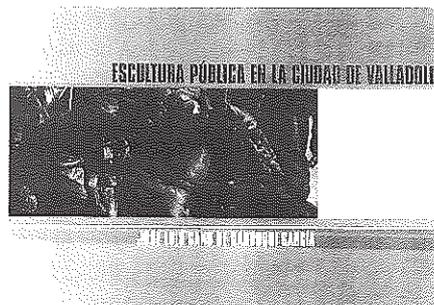


■ CANO DE GARDOQUI  
GARCÍA, José Luis: *Escultura  
pública en la ciudad de  
Valladolid*. Valladolid,  
Ayuntamiento-Universidad,  
2000.

*Juan Antonio Sánchez López*

Según hemos apuntado ya en páginas anteriores de este *Boletín de Arte*, a nadie escapa cómo, de unos años a esta parte, la escultura se encuentra atravesando y, porqué no decirlo, disfrutando de una fructífera etapa en lo que a experimentación creativa y prestigio cultural se refiere. De hecho, la preocupación de las sociedades contemporáneas por crear y delimitar en el entorno de las ciudades determinados "oasis" de bienestar, casi siempre proclives al reencuentro del individuo con sus orígenes naturales y atávicos, han motivado a las instituciones y sectores implicados en el proceso a dirigir los ojos con entusiasmo hacia las múltiples posibilidades que la "cenicienta de las Artes" puede y sabe brindar para cubrir tales expectativas. Cuanto más cuando la creación contemporánea ha desligado a la escultura de sus ataduras y anclajes con los códigos, funciones y roles que pudo estar obligada a cumplimentar en el pasado. Por el contrario, su presencia en el momento actual, en la ciudad actual, aspira a materializar una concepción literalmente "organicista" del objeto escultórico. En virtud de tal pensamiento y sin que ello suponga necesariamente la renuncia a su propia independencia plástica, la pieza escultórica necesita del paisaje natural o urbanita, ocupándolo sin confusión, sin contaminación o menos-



cabo de de su cualidad de obra exenta y en sí misma, encaminándose hacia su completa realización como ente artístico que aspira a testimoniar su propia vitalidad, su energía contenida, explorando con profundidad su propio yo e integrándose sin fisuras en el mundo físico, en los ambientes y entornos consustanciales a quienes la rodean.

Con la publicación de esta obra, el profesor José Luis Cano de Gardoqui enriquece de un modo más que notable el aún exiguo, aunque no por ello menos brillante, panorama historiográfico dedicado a la problemática de la escultura pública en España de la mano de los profesores Juan José Martín González, Carlos Reyero, Jesús Urrea, M<sup>a</sup> del Mar Lozano Bartolozzi, M<sup>a</sup> Socorro Salvador, Mercedes Espiau, Francisco Javier de la Plaza, Xesqui Castañer, Kosme Barañano, Javier Maderuelo o M<sup>a</sup> Luisa Sobrino, entre otros. Y lo hace a través de un volumen de sugestivo diseño, atractivo formato apaisado y declarado carácter práctico, por cuanto la intención del autor no es otra que la de brindar al ciudadano de a pie un instrumento práctico de conocimiento de primera mano, pretendiendo llamar su atención hacia las esculturas que decoran, significan o irrumpen en las calles, jardines y plazas

de la capital vallisoletana. Una vocación divulgativa que, justo es decir, no se restringe al mero bagaje informativo, sino que, en última instancia, aquilata el importante trabajo de investigación y el rigor científico y sistemático propio de un trabajo que nace desde la Universidad, aunque volcado en principio para el lector de fuera de ella pero imbuido, en última instancia, de la coherencia metodológica y la capacidad de síntesis que también lo convierten en un libro fascinante y necesario para el historiador del Arte. Decimos esto, por cuanto la estructura y el plan de trabajo suscrito por el autor constituye un modelo metodológico interesante y muy a tener en cuenta para estudios de tal tipo. Así, a un preciso estado de la cuestión sucede el análisis monográfico de cada una de las piezas, insistiendo en la vertiente descriptiva y objetiva, y prescindiendo de la crítica, de cada una de ellas sin perder de vista la visión de conjunto que informa la globalidad de ese arte público al cual observa la fisonomía de Valladolid. En el caso de contarse con más de una pieza por artista, José Luis Cano de Gardoqui rentabiliza tal "redundancia" para esbozar una escueta panorámica por la problemática y trayectoria profesional del escultor en cuestión, dentro de la cual la aportación estudiada trasluce una obligada representatividad. Finalmente, un recorrido fotográfico revela la creación en su entorno, en plena complicidad con las indicaciones del texto.

Dos bloques vertebran la construcción del libro. De una parte, la escultura pública vallisoletana comprendida entre 1835-1988. De otra, la intensa trayectoria experimentada por este fenómeno plástico desde ese último año hasta 1998.

No en balde, la incisiva proliferación de esculturas públicas en tan sólo una década no ha hecho sino dar respuesta de una forma espectacular a las expectativas del Valladolid de finales del XX y del siglo XXI. Inserta como casi todas las grandes ciudades en una vorágine de recuperación y expansión urbanísticas, esta ciudad castellana clama a voces la presencia de la escultura, en cuanto hito emblemático, seña de identidad, signo inequívoco de vivacidad y manifiesto de modernidad en su calidad de agente dinamizador de las constantes mutaciones que acontecen en su territorio.

Además de cubrir un arco cronológico extenso, el profesor Cano de Gardoqui acomete la catalogación y estudio de más de setenta piezas escultóricas, diseminadas por los rincones, plazas, avenidas y jardines vallisoletanos, en cuya razón de ser pesan los fundamentos culturales, económicos, políticos y netamente morfológicos de la ciudad donde se asientan. En este sentido, y como atinadamente apostilla el autor, la escultura pública es quizás una de las manifestaciones plásticas cuya existencia no puede desligarse ni explicarse, sin tener en oportuna consideración las circunstancias específicas de la sociedad de la que surge y que ampara su materialización, del ámbito urbano que configura su emplazamiento, de las políticas urbanísticas municipales que determinan su "necesidad" de ser, del sentir del colectivo ciudadano que lo alienta, lo aprueba, lo tolera simplemente o abiertamente lo cuestiona o lo rechaza. Qué duda cabe que la contemplación de tales supuestos desde la perspectiva de la Historia del Arte también insta al especialista a escudriñar los factores causantes del "des-

calabro" y obsolescencia del monumento conmemorativo al uso, en pro de un nuevo concepto de arte público dotado de una escala de valores y una significación válida para los presupuestos de la sociedad posmoderna y el tejido cultural y material de la ciudad del presente y del futuro.

Evidentemente, en semejante proceso de transformación conceptual y, por extensión, técnica, matérica y procesual las transformaciones de la forma escultórica van ligadas indisolublemente a los grupos sociales y mentalidades que informan los contenidos y, a la postre, condicionan el vocabulario expresivo y el discurso iconográfico de la pieza en cuestión. De esta manera, los monumentos viarios del XIX y parte del XX, auténticas *pirámides de gloria* para Gaya Nuño, no resultaban ser otra cosa que remedos de altares públicos, inmóviles y rotundos en sus pretensiones de "eternidad" y capaces de imponer una imagen más o menos "perenne" del espacio donde se localiza, a costa de glorificar al prócer, militar o lumbrera de turno, captándolo acorde a unos criterios mimético-representativos de la realidad externa, plagados de anecdotismo, narratividad y trivialidad en su caso. Con el triunfo de la dialéctica entre el volumen y el hueco, entre el lleno y el vacío, la irrupción de los movimientos artísticos contemporáneos, la simbiosis de juegos lumínicos, matéricos y espaciales, el fin de la "fidelidad" escrupulosa y secularmente guardada al pedestal y los materiales "nobles", la renuncia al volumen y al relieve a favor de la reafirmación del carácter planimétrico es incontestable la

renovación de los lenguajes y la estética escultórica, si bien su trasvase a la estatuaría pública no puede decirse que haya deparado resultados muy arriesgados y sí bastante "conservadores" en cuanto al cultivo formal y la apuesta por soluciones y propuestas más o menos consolidadas y "digeridas" por el destinatario colectivo ante el cual se presentan.

En definitiva, desde Mariano Benlliure y Antonio Susillo a Francisco Barón, Antonio Vaquero, Vicente Carretero, Dionisio Pastor Balseiro, Mariano Chicote, Emiliano Barral, Eduardo Chillida, Lorenzo Frechilla, Ángel Mateos, Eduardo Cuadrado, Primitivo González, Belén González, José Luis Medina, Ana Jiménez, Ángel Membiela, Dennis Oppenheim y otros Valladolid ha trazado un puente entre sendos registros del proceso escultórico contemporáneo que, gracias a esta obra del profesor Cano de Gardoqui, nos invita a la comprensión de las aportaciones del pasado, pero interrogándonos de manera constante acerca de la problemática suscitada por las más recientes intervenciones. No en balde, y con el devenir de los años cada transeunte, cada uno de nosotros en el discurrir de nuestra vida, ha ido estableciendo una relación particular con cada escultura pública, obteniendo una, decenas, tal vez cientos... de impresiones momentáneas cada vez que tenemos un encuentro con ellas. Y es que lejos de poderse considerar testigos mudos de la existencia cotidiana, la escultura pública se metamorfosea cada día en un sinfín de imágenes, sensaciones, arrebatos, impactos y gestos ¿y acaso no hacemos nosotros lo mismo?